



Viacrucis

Francisco García Martínez

I Estación: Jesús es condenado a muerte

Humanidad: ¿Pensaste acaso
que podías impunemente
volver a someternos
a la sombra de Dios?

Jesús: Aquí estoy, Señor,
a la sombra de tus alas,
a esa sombra
que siempre ha helado las sangre
de todos tus profetas.

Humanidad: Oh Cristo,
Abel cercano,
que conmigo anhelas la mirada fraternal
que nunca supimos dirigirnos.
No sé muy bien quién soy,
pues te amo y te condeno
con la misma fuerza.
Cruza tu mirada y vénceme.

Jesús: Deja a un lado las palabras,
que no te envuelvan
y se enrede a ellas tu miseria.
Abre el corazón a la verdad
de tu silencio frente a mí.

II Estación: Jesús es cargado con la cruz

Humanidad: ¿Es este el trabajo del hombre:
convertir el árbol de la vida
en madero de tortura?
¿Cómo hemos llegado a hacer del mundo
esta carga mortal?

Jesús: Abrazo sin rechazo, Señor,
el mundo transformado de lo humano;
esta naturaleza que amarga el fruto prometido
de la vida,
esta naturaleza que se vuelve
peso inerte que conduce hasta la muerte.

Humanidad: Oh Cristo,
carne de mi carne,
que conmigo sufres el peso de la historia
embarrada de pecado y sin aliento.
¿Quién distinguirá en la imagen sometida,
la forma humana
con que tú fecundas el barro de la historia?

Jesús: Mira
entre el resquicio que dejan las heridas
de este cuerpo sometido,
y verás cómo elevo en mis hombros
la imagen de la creación nueva,
renovada por amor
en el amor,
y vuelve a despuntar el fruto de la vida.

III Estación: Jesús cae por primera vez

Humanidad: Buscas cansado
 como todos el sepulcro.
Ya tu carne pide tierra,
 en su debilidad, en su amor,
y la van enterrando, se va enterrando
 en el horizonte nublado de un mundo
 surcado de dolor.

Jesús: Vuelvo a ti, Señor del cielo,
 descendiendo
 hasta el fondo de la honda oscuridad
 que cavó la humanidad con su pecado;
y me alzo como ofrenda
 que se entierra en tu voluntad de amor.

Humanidad: Oh Cristo,
 barro de mi barro,
tan en tierra, tan por tierra,
 como nosotros
anhelante del aliento de la vida
 que nos hace vivos.
Caes en esta tierra nuestra
 que te atrapa sin piedad
 aunque tú no te conformas.

Jesús: Hay que despojarse del arraigo en sí,
 y entregarse como semilla a la tierra celeste
¿Cómo si no daremos fruto?
¿Cómo, si se pudre con nosotros
 nuestra tierra yerma
 lejos de regazo para el que fuimos hechos?

IV Estación: Jesús encuentra a su madre

Humanidad: Hijo mío amado,
formado en la virginal santidad
que Dios creo en mí
y preso ahora de la burla adúltera
de la carne despiadada de lo humano.
Aquí estoy.

Jesús: Madre, solo en ti
veo ahora mi amada humanidad,
el frágil barro que aún refleja
el aliento amoroso de mi Padre,
en tu mirada lacrimosa
mi alma se consuela.

Humanidad: Oh Cristo,
carne de mi carne,
Hijo que dio a luz mi humanidad sin mancha,
la casi olvidada
prisionera del deseo mezquino
de serlo todo en todo.
Oh Cristo que me llamas madre
para que pueda ser hija tuya
y conozca así mi profunda humanidad.

Jesús: Madre ven conmigo hasta el final,
Aguanta el parto doloroso
de volver a ser tú misma
alcanzando tu verdad en mí.
Madre de los vivientes, di conmigo:
Hágase en mí según tu voluntad.

V Estación:
Jesús es ayudado por Simón de Cirene

Humanidad: Salvador discreto
que ofreces el amor dejándote ayudar
sin ningún paternalismo,
como hermano en brazos de otro hermano.

Jesús: Hermano te llamo,
con esta palabra que ha olvidado
su sustancia.
Ahora puedes reconocerte, Caín,
hermano,
cuando me levantas de la tierra,
tú que ocultaste mi sangre en ella.

Humanidad: Ya que conoces mi corazón,
no te engañaré,
pues mi humanidad no da de sí
sino obligada.
Ten piedad
y acoge lo que solo te doy presionado,
impresionado también por tu dolor.

Jesús: (le miró con ternura)
¿No reconoces aquí tu verdad?
No tengas miedo
Ven hombro con hombro,
hasta la altura de la cruz
y úncete a mi yugo
y úngete con la sangre de la vida.

VI Estación: Jesús imprime su rostro en el paño de la Verónica

Humanidad: ¿Dónde está tu rostro?
¿Dónde, ese rostro que busco desde siempre?
El que cruza la mirada
y todo se despierta unido
superando las distancias.

Jesús: Aquí estoy,
donde no se ve, donde no miras,
donde todo se entrelaza,
donde todos somos uno bajo el peso del dolor.
Allí me encontrarás
si no me das la espalda.

Humanidad: Empapa mi rostro
con el sudor redentor de tu cansancio,
y ayúdame a enjugar el tuyo con mis manos
hasta que mi rostro sea uno con el tuyo
y más que encontrarte yo, puedan otros
descubrirte en mí.

Jesús: Quede pues impresa entre tus manos
la faz que buscas
y te busca,
pues solo en tus manos compasivas
el rostro de mi amor
dibuja su verdad.

VII Estación: Jesús cae por segunda vez

Humanidad: No dejamos de caer,
no podemos sostener la vida en pie
nunca, y siempre
la tierra nos recoge golpeándonos.

Jesús: Más unido a ti,
más pegado a la tierra que eres,
abrazado hasta ser uno más
sin alzar mi frente sobre ti.
Uno contigo, no más,
atrapado en la plana estepa
que nunca llega al cielo,
aunque siempre lo anhela
en el horizonte.

Humanidad: Oh Cristo,
que tomas mis pasos como propios
y en ellos
me acompañas también en sus tropiezos.
¿Dónde vamos, ahora juntos?
¿Andaremos juntos solo en esta tierra
que atrapa nuestros cuerpos?

Jesús: No temas, cae conmigo,
como lo hago yo contigo.
No temas, que el camino se abre
en el abismo oscuro de la tierra,
allí donde el sol está a punto de ofrecerse.

VIII Estación: Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

Humanidad: *«Ahora sí;
esto es hueso de mis huesos
y carne de mi carne»*
Carne hecha de soledad y para el llanto.

Jesús: *No llores por mí, amada humanidad,
lloremos juntos
por la muerte del amor,
lloremos juntos,
que cansado va el hombre hacia su tumba,
lloremos juntos:
yo con tu dolor,
tú con mi sangrante amor
por ti.*

Humanidad: Oh Cristo,
carne de mi carne,
anhelado por los siglos,
compañero fiel al que el dolor no espanta,
carne de mi carne,
abrazo eterno de amor que me da vida.

Jesús: No llores más tú sola,
amada mía,
que el amor habita ya por siempre
en el sepulcro del dolor.

IX Estación: Jesús cae por tercera vez

Humanidad: Caes de nuevo
pero no te vence la caída.
La gravedad del mundo parece aligerarse
en la entraña de tu fe.
Y has de oír aún el golpe de la muerte
sobre ti
y ser elevado
para que alcance tu caída la altura redentora
con que el cielo cubre todo.

Jesús: Pero veo barro solo,
solo carne sin horizonte,
y vuelve a aparecer la tentación.

Humanidad: No cedas, tú no desesperes,
pues sin ti *¿a dónde iremos?*
¿A quién seguiremos
hasta el fondo oscuro de la muerte
que nos espera
abierta de par en par?

Jesús: Subamos pues,
cargad mi yugo
y desfondemos nuestra suerte
con un grito a Dios.

X Estación: **Jesús es despojado de sus vestiduras**

Humanidad: Te he despojado de tu ropa
queriendo arrancar el secreto
de tu libertad
y he encontrado que tu carne libre
está hecha de desnudez.
Y ahora me avergüenzo
y no sé cómo mirarte sin pudor.

Jesús: *Desnudo salí del vientre de mi madre
y desnudo vuelvo al seno de la Vida.*
Dios me dio para vosotros,
¿qué queréis robar que no esté dado?

Humanidad: Oh Cristo,
carne desnuda
preparada eternamente para el tálamo nupcial
¿Cómo no te reconocí?
¿Por qué quise apropiarme
en violación
de lo que era un don de amor?

Jesús: Ven y *no peques más*
suelta las piedras tú también.
Ven conmigo,
yo nunca olvidé el primer amor.

XI Estación: Jesús es clavado en la cruz

Humanidad: Golpeo sin ver cómo golpeo,
 ¿cómo podría hacerlo si no?
Y escucho el rumor de una palabra
 que me alerta
desvelando en la herida que te causo
 el veneno ciego de mi vida muerta.

Jesús: *Perdónales porque no saben lo que hacen.*

Humanidad: Cuando golpeo
 me golpea tu pasión
y te adentras en mi alma
 sin que pueda resistirme a tanto amor.
Se abre una herida en mi interior,
 y no puedo cerrar la llaga
 que tu muerte me causó.

Jesús: *Setenta veces siete golpeaste*
 y por fin pudiste ver en este trance
 la envolvente filigrana de mi afecto
 hecho pasión.
Y aquí quedé atado para siempre
 pues no hay más siempre que el amor,
 hecho perdón.

XIII Estación:
Jesús es bajado de la cruz y puesto en brazos de su madre

Humanidad: Hijo mío amado,
no sé darte más vida
 que esta tan mortal.
¿Qué puedo hacer por ti
si fui yo quien te dio esta carne
 que se muere?

Jesús: No te apartes de mi cuerpo,
 da un poco de calor
 a esta fría noche que ahora soy.
Que tus brazos me recuerden,
 aunque no los sientan ya,
la piedad celeste que alcanza en ti
 su abrazo salvador.

Humanidad: Oh Cristo,
tierno infante al que enseñé
 los primeros pasos de la vida,
enséñame a hacerme niño,
 y dar los últimos con fe.

Jesús: Madre atravesada por mi muerte
 que te hiera
 como acerado puñal
deja que abra tu costado
 y ven conmigo hasta el final.

XIV Estación: Jesús es enterrado.

Humanidad: Solo queda entrar contigo
al seno oscuro de la tierra,
y aguardar muertos los dos
que Dios encienda al fin
tu vida puesta en mí.

Jesús: Madre tierra,
barro desalentado
que corta la respiración,
expira ya del todo,
todo en fe
y espera aunque no puedas
la presencia de tu Dios.

Humanidad: Enterrada ahora contigo
solo oigo el silencio de mi ser.
Nada más.
Ni siquiera mi cuerpo alza una oración
agoniza, incluso muerto, anhelando tu vigor.

Jesús: Ya siento despertar mi cuerpo,
ya va desperezando su sopor.
Parece que en su carne aún baldía
ya se anuncia
la victoria de la gloria luminosa
del amor.
Y espero con vosotros,
solo espero ya
que podamos salir juntos del sepulcro
en alada eternidad.